

Carta Pastoral sobre el Misterio de la Iglesia como Cuerpo de Cristo

Inspirada en la enseñanza del Beato Isaac de Stella

Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

En el corazón del misterio de la salvación se encuentra el deseo eterno de Dios de reunir a la humanidad en comunión consigo mismo por medio de su Hijo, Jesucristo. Desde toda la eternidad, el Padre no quiso solamente redimir a individuos aislados, sino formar un pueblo santo unido a su Hijo como miembros de un solo Cuerpo viviente.

Este misterio, oculto durante los siglos y plenamente revelado en Cristo, es el misterio de la Iglesia. El apóstol san Pablo proclama: “Ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno en particular es miembro de él” (1 Corintios 12:27). Y también: “Él es la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia” (Colosenses 1:18). Estas palabras no son solamente metáforas poéticas. Revelan una realidad sobrenatural nacida de la Encarnación, sellada por la Cruz y continuamente hecha presente por el Espíritu Santo y los sacramentos de la Iglesia.

La antigua tradición cristiana contempló este misterio con reverencia y admiración. El Beato Isaac de Stella enseñaba que Cristo y sus fieles forman “un solo hombre”: Cristo Cabeza unido inseparablemente a sus miembros. La Cabeza no abandona al Cuerpo, ni el Cuerpo posee vida aparte de la Cabeza. Juntos forman lo que los Padres de la Iglesia llamaron el *Christus Totus* — el Cristo Total.

En una época marcada por la fragmentación, el aislamiento, los conflictos ideológicos y la pérdida del sentido trascendente, esta enseñanza adquiere una urgencia renovada.

El mundo moderno tienta cada vez más al hombre a construir su identidad lejos de Dios. Muchos buscan sentido en el poder, la ideología política, la riqueza, el placer o la ilusión tecnológica. Sin embargo, la persona humana no puede comprenderse a sí misma fuera de Cristo, porque solamente en el Hijo descubre tanto su origen como su destino.

La tragedia de la cultura contemporánea no es solamente la confusión moral; es una amnesia espiritual. La humanidad ha olvidado que fue creada para la comunión: comunión con Dios y con los demás.

La Iglesia existe precisamente para restaurar esta comunión.

Ella no es simplemente una institución humana, una organización social o una herencia cultural. Ella es el Cuerpo vivo de Cristo que camina en la historia. En su predicación, Cristo continúa hablando. En sus sacramentos, Cristo continúa santificando. En su misericordia hacia los sufrientes y olvidados, Cristo continúa inclinándose hacia la humanidad herida.

Por eso, la división dentro de la Iglesia hiere el mismo corazón de Cristo.

Cada vez que el odio vence a la caridad, cada vez que las facciones ideológicas reemplazan la comunión, cada vez que la murmuración destruye reputaciones o la indiferencia abandona a los pobres, la unidad del Cuerpo queda oscurecida ante el mundo. San Pablo advierte: “Si un miembro sufre, todos sufren con él” (1 Corintios 12:26).

Asimismo, cada acto de santidad fortalece todo el Cuerpo. Cada sacrificio oculto ofrecido con amor, cada oración pronunciada con fe, cada obra de misericordia, cada confesión sincera y cada Eucaristía recibida devotamente derrama gracia sobre toda la Iglesia.

Ningún cristiano vive solamente para sí mismo.

Por el misterio del Bautismo hemos sido incorporados a Cristo mediante el Espíritu Santo. El mismo Espíritu que cubrió con su sombra a la Santísima Virgen María y formó la humanidad sagrada de Cristo en su seno es derramado en nuestros corazones en las aguas del nuevo nacimiento.

Así, la vocación cristiana no es solamente una imitación moral; es participación en la vida divina. Lo que Cristo es por naturaleza, nosotros llegamos a serlo por gracia y adopción. Como enseña san Pedro: “Para que lleguen a participar de la naturaleza divina”

(2 Pedro 1:4). La Iglesia existe para conducir a la humanidad hacia la comunión con la Santísima Trinidad.

Que la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, interceda por nosotros y nos mantenga siempre unidos a su Hijo.

En Cristo, nuestra Cabeza y Salvador,

Padre Vilaire Philius
Párroco